

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

NOCHEBUENA

Mediana habrá sido para muchos este año. Las tristezas de la ausencia, los sobresaltos del miedo y la incertidumbre, lo caliginoso del horizonte, apagan casi las lucecillas misteriosas del pesebre y los resplandores de la estrella de Belén. Los hogares donde falta el padre, el esposo, el hijo, ¿cómo han de estar de fiesta!

No sé si á causa de la gran calamidad de la guerra ó porque llovía, Madrid no ofreció en estos típicos días su animado aspecto de otros años. Hubo menos puestos de comestibles; la incitante exhibición de las confiterías y tiendas de ultramarinos se diría que ha disminuído también, aun cuando alegran la vista los empingorotados ramilletes y los colores de oro y rubí de las botellas; por la calle apenas se oyeron sonajas, ni zambombas, ni guitareo, ni cantares; la gente no anda en estas fiestas, como solía, de prisa y expansivamente, codeándose, saludándose entre risas, sino que desfila grave, preocupada, carilarga, como si acabase de recibir algún notición funesto. «¡Qué año!», murmuran, meneando la cabeza, hasta los que parecen, á primera vista, favorecidos de la fortuna. Y es que todos sienten cruzar por su sien el hábito glacial del temor. El bolsista piensa en la baja; la niña, en el novio que se fué á Cuba y no escribe; el comerciante, en los malos negocios, en la suspensión de pagos; el artesano, en que no se trabaja; el empresario, en que va á principiar la escabrosa, la dura la larga *cuesta de Enero...*, y las sonajitas del villancico, que tan jubilosas repicaban en los hogares, permanecen mudas, y el Niño Dios, al bajar á este mundo, lo encuentra más misero, más dolorido, más amargado que hace mil ochocientos y pico de años...

Lo único que persevera en España; la única firme y durable de nuestras instituciones, es la lotería. Como sobre todo y contra todo se puede escribir, y las opiniones son libres, la lotería ha padecido y padece igual oposición que los toros. Según dictamen de ciertos moralistas enfáticos y comineros, España demuestra poco amor al trabajo, porque la lotería, embobando y meciendo con quiméricas ilusiones á los españoles, les roba la energía necesaria para emprender y cumplir la cotidiana tarea. Desde que el español tiene en el bolsillo el pedazo de papel en que fía para atrapar á la fortuna, deserta del taller si es obrero, suelta la azada si es jornalero, clava en el acerico la aguja si es costurera, y si es hortera cesa de medir y de doblar varas de tela, y se pasa el día tumbado y la noche entre sueños de oro, para recibir, al celebrarse el sorteo, la cruel decepción, compensada por las ilusiones nuevas del sorteo próximo. Y si tales son los perniciosos efectos de la lotería sobre las energías del pueblo que trabaja, sus efectos morales también pueden calificarse de desastrosos, toda vez que por la lotería los españoles son una nación de jugadores y timberos, presidida por el banquero ó *groupier*, que es el Estado.

Cuando se oyen ó leen estas cosas, hay que realizar un esfuerzo crítico y acordarse de que nada extravía tanto el juicio como el afán de moralizar á troche y moche y la manía de atribuir á mínimas causas grandes efectos. Entrad en cualquier taller, en cualquier fábrica — por ejemplo, la de tabacos de mi pueblo — y mirad con qué silencioso ardor, con qué actividad infatigable avanzan las obreras en su labor monótona. Diríase que no piensan más que en enrollar el pitillo ó en liar el puro. Pues estad ciertos de que cada una de esas mujeres archiva en la faltriquera el número del décimo en que lleva participación, y que ese número, grabado en letras de fuego en las casillas de su cerebro, brillando como un faro, la anima, la consuela, la ayuda á soportar el peso de una existencia de afanes y de trabajo continuo.

Básase la lotería en un concepto profundamente filosófico: el mortal necesita la esperanza, más aún que la felicidad misma. «Sólo con el cebo de la esperanza se traga el anzuelo de la vida», dijo el poeta. Y ¿qué esperanza habrá que más barata se compre y que más divierta y regocije que la de la lotería, en especial la de Navidad? El que ve próximo á terminarse un año, con todo su acompañamiento de cuidados, penas y fatigas, sueña muy á gusto que el Niño va á traerle en sus manecitas inocentes un rayo de dicha, el bienestar y el descanso para el año venide-

ro. El júbilo de la Navidad anuncia el júbilo del premio... Y apenas el desengaño ha tendido su cendal gris sobre el alma, vuelve la esperanza, invisible tejedora, eterna sirena de melodioso canto, á entrelazar sus hilos de oro y á murmurar dulcemente: «El año que viene será.»

Ni es la de la lotería una esperanza de esas que engañan por engañar. Es una realidad que para los corazones generosos y altruistas compensa el chasco propio con la fortuna ajena. Contribuimos con un óbolo para que otro recoja un tesoro. Nuestro sacrificio es chico, y la obra de caridad que resulta es grande. Todos conocemos gentes á quienes la lotería hizo dichosas. ¡Excelente contribución indirecta, ideal de las contribuciones, que el contribuyente paga tan á placer! Merece notarse que el Estado, nuestro constante enemigo, que se pasa la vida dándonos desazones, sólo ha conseguido poner de acuerdo su interés y nuestro recreo en esta bendita máquina de la lotería. Sin coacciones, sin vejámenes, sin expedientes, sin moratorias, pagamos nosotros y paga él, todo á tocateja, todo de buena voluntad, todo sencillo, todo fácil. De la legalidad del sorteo, nadie duda. Este año Portugal nos arrebató doce millones, y se los mandaremos tan campantes, como si no tuviésemos otra cosa de más prisa y se nos estuviesen pudriendo en el bolsillo esas pesetas.

Uno de los síntomas de nuestro abatimiento en la hora presente, es que se habló poco de *cenar*; la gozosa solemnidad de otros años pareció desterrada de los salones de Madrid. Ciertamente las cenas con misa del Gallo no están en olor de santidad ni mucho menos. Aún parece que vibran en el aire los anatemas que lanzó sobre esa mezcla de lo religioso y lo profano y gastronómico el muy reverendo cardenal arzobispo de Toledo D. Antolín Monescillo. Aunque la misa del Gallo es ceremonia de suyo alborozada, debe guardar aquel decoro que sienta bien á todos los actos de devoción y reverencia. San Francisco de Sales, en una obra primorosa, la *Vida de la Virgen María*, extraída de sus escritos por el jesuita padre Clair, nos pone de manifiesto que el Nacimiento no es solamente alegría, sino que encierra muy graves enseñanzas, casi tanto como la Pasión. «Nuestro Señor — escribe el Santo — vivió siempre en entera abnegación de todo placer sensual. Desde su entrada en el mundo privóse del recreo de los sentidos, y al nacer lo primero que sintió fué un frío riguroso: esto en cuanto al tacto. Para el olfato, ¿qué suavidad y qué aromas ha de haber en un establo? Para el oído, ¿qué música teniendo al lado un asnillo y un buey? El único recreo del Niño fué la celeste leche que fluía de los puros senos de la Virgen, y es preciso confesar que vencía en buen sabor al vino más delicioso.» Con la pobreza y la humildad de este cuadro, realmente forma contraste violento el espectáculo de una misa del Gallo «con cena.»

tan vacías y tan insulsas como algunos creen. A veces son el buen sentido en chispazos, el talento y el juicio en calderilla, la gracia en confites y la cordialidad en su más amena forma.

Una cena donde se charla, es una conquista de la sociabilidad humana; pues los griegos, el pueblo de la cultura, empezó por comer sin despegar los labios: una flautista reemplazaba el ruido de las conversaciones. Separados los hom-

bres de las mujeres, engullían y callaban. Un convidado, que debió de pasar entonces por atrevidísimo innovador, propuso una noche hablar *sobre algo*. Cayó bien la novedad y fué elegido para tema de la disertación el *elogio del amor*. Fedro, Pausanias, Erixímaco, Aristófanes, disertan por turno sobre tan sugestivo asunto; y Sócrates mismo, que se cuenta entre los convidados de aquella noche, toma la palabra antes de que Alcibiades, coronado de hiedra y violetas, ebrio, titubeando, venga á caer al lado de su amigo, y le suceda en la tarea de hacer el panegírico del amor, mientras deshoja su corona en la copa de vino de Chipre...

Desde la especie de academia del convite griego á la conversación alada y motejada de nuestros salones, todavía hay gran trecho; hoy lo que más se detesta es la pedantería y los temas señalados de antemano: se habla de lo que salta, de lo actual, y se ríe á expensas de lo que se olvidará antes de haber transcurrido veinticuatro horas.

¿Y qué harán en estos días solemnes de Navidad y principio de año, en esta noche que no se parece á ninguna otra, los que la patria envió á defenderla en el otro hemisferio, los que aún sienten tal vez en las mejillas el beso de la madre y aún creen ver la llama de sus lares calentando la familiar olla? Por grato que sea el lucir de las constelaciones que tachonan el espléndido firmamento de Cuba; por rica que sea la vegetación de la manigua y por templado que corra el aire, ¿cuánto echarán de menos la nieve, el aguacero, la ventisca, el frío riguroso, la desolación del paisaje, la soledad de los campos castellanos ó aragoneses, y la misa del Gallo en la pobre iglesuela de aldea, y el regreso á la luz de los faroles vacilantes, para encontrar ya hirviendo en casa la sopa de almendra y colmado el jarro de mosto!

EMILIA PARDO BAZÁN.